

EL AMOR DE UN INDIO.

Bello era el valle de Marquina. Rodeado de cerros, cuyas laderas, cubiertas de salvaje vejetacion contrastaban agradablemente con los prados cultivados, semejaba una perla escondida en medio de los bosques seculares que lo rodeaban.

Numerosos riachuelos, desprendidos de las vecinas cumbres, surcaban caprichosamente la llanura para reunirse despues en un rio caudaloso que corria longitudinalmente por el valle, yéndose a perder en las gargantas de la montaña.

Estaba situado al sur de Arauco, a diez leguas del famoso Toltén.

Parecia que la naturaleza invitaba a los hombres a establecerse en aquel lugar, ofreciéndoles un suelo fecundo, aguas en abundancia i una deliciosa perspectiva.

Los indios no habian despreciado tan valioso obsequio. Un gran número de chozas se veian dispersas en todo el valle. Sus moradores no formaban un pueblo como los nuestros en que la jente se reúne para vivir del comercio o para consumir en el descanso la riqueza adquirida. Allí cada familia producía para sí, formando una sociedad patriarcal. Pero todas estas familias estaban sometidas a la autoridad del jefe, que ordinariamente era el indio mas rico i poderoso del lugar.

Muchas veces se reunían los habitantes en ferias en las cuales se verificaban algunos contratos; pero que mas a menudo eran el lugar de sus banquetes i borracheras. El padre que tenía muchas hijas las llevaba a estas fiestas donde los que necesitaban mujer se presentaban a comprarlas. Este era el matrimonio de los salvajes. Por consiguiente la riqueza de los indios guardaba a menudo proporcion con el número de sus hijas.

Por los años de 1551 los habitantes del valle de Marquina obedecían a Antonabal, indio mui estimado por su valor i sus riquezas.

Poseía éste extensos campos que le eran cultivados por los numerosos indios que tenía a su servicio; poseía oro i sus casas presentaban un modelo de arquitectura indiana. Pero poseía algo

que apreciaba mas que sus campos, mas que sus riquezas i que consideraba como la mas preciosa de sus joyas: tenia una hija, llamada Marabuta.

Razon tenia Antonabal para amar a Marabuta. La indiecita era buena i hermosa. En su rostro de quince años, adornado por las ondas de su negra cabellera, dos ojos grandes i expresivos revelaban un corazon capaz de sentir i una intelijencia poco comun entre las mujeres de su raza. La hija del cacique no tenia nada semejante a las otras indias del lugar. Su belleza era excepcional i su alma no era comprendida entre aquella jente, para la cual parecia no haber nacido. Sin embargo, por su trato afable i sencillo se habia hecho querer de todos, de manera que la morada del cacique era continuamente visitada por los indios de alrededor.

Cada cual a porfía se empeñaba en ostentar delante de su jefe las prendas que creia de mas valer en su persona.

Marabuta significa diez maridos i a la verdad eran mas de diez los que pretendian la mano de la india. Su padre habia recibido varias propuestas acerca de su matrimonio; pero habia rechazado las mas valiosas considerándolas insignificantes como precio de su hija adorada. Al ver esto ya los pretendientes se iban retirando. Por fin se creyó que el cacique no pensaba casar a su hija.

Solo Alican frecuentaba las tierras de Antonabal. Era éste un jóven indio de las cercanías que a costa de fatigas i trabajos habia comprado una pequeña hacienda que cultivaba por su propia mano i en la cual cifraba todas sus esperanzas. Apénas tenia 20 años i ya habia experimentado las contrariedades del trabajo i las torturas del amor. Amaba a Marabuta con una pasion noble i desinteresada, nacida del corazon i enardecida por la insuperable barrera que la ambicion del cacique ponía entre él i el objeto de su anhelo. No era aquella la pasion del salvaje de los bosques, era un sentimiento digno del hombre civilizado.

Las tierras de Alican deslindaban con las de su jefe. Continuamente se veia al indio ocupado en labrar la tierra; pero un observador mas atento hubiera podido notar que a veces suspendia su tarea, cruzaba las manos sobre el pecho i despues de un movimiento de cabeza quedaba inmóvil como una estatua. ¿Cuáles eran sus pensamientos? ¿a dónde se dirijian sus miradas? Fácil es adivinarlo. A poco distancia de él se hallaba Marabuta, la cual contestaba con timidez el afectuoso saludo de su amante.

El lenguaje del amor es bien conocido. Miradas, jestos, señales, una palabra, una frase, inagotables discursos: hé aquí toda su gramática, gramática bien sencilla sin duda, cuyo aprendizaje no requiere largas veladas ni pesados estudios i que es la misma en los salones de una corte europea que en las selvas del nuevo mundo. Varias veces se habia visto a Alican en medio de las fiestas,

olvidado de las viandas i del licor, contemplando en silencio a la hija del cacique. I ya otras veces habia dirigido sus cumplimientos a Marabuta. I no solo una vez el prado de la india amaneci6 cultivado por una mano desconocida.

Las flores de la montaña adornaban el rostro de la belleza de Marquina i Marabuta nunca iba a la montaña.

Ella no trabajaba i sin embargo sus labores progresaban con rapidez.

I si alguna vez Antonaba queria explicarse estos misterios la indiecita se sonrojaba a sus preguntas.

El amor de los dos indios crecia cada dia mas. Cada dia les era tambien mas difícil comunicarse, porque el cacique no permitia salir mui a menudo a su hija; ántes por el contrario la tenia encomendada a una estricta vijilancia.

Era una tarde de abril. El cielo estaba sereno. Una leve brisa movia la copa de los árboles i la luna aguardaba que el sol depusiera sus rayos para bañar la tierra con apacible luz.

Aprovechando la ausencia de su padre Marabuta desea hablar un momento con su amante. Se dirige al prado a donde en otros tiempos risueña e inocente iba sin sobresalto ni temor. ¿I por qué ahora, al salir, mira en todas direcciones? ¡Ah! su corazon la acusa i le dice que no son las flores las que dirijen sus pasos hácia allá.

Aun no habia andado mucho cuando Alican sale a recibirla.

“Mucho has tardado, bien mio, la dice; hubiera corrido para encontrarte mas pronto, pero me habias ordenado permanecer en este lugar.”

“I has hecho bien porque de otro modo mi padre te habria sorprendido sin remedio.”

Diciendo esto ámbos llevaban sus pasos hácia la montaña.

Continuan marchando silenciosos pero su silencio es el mutismo del amor. De cuando en cuando alguna lijera observacion viene a interrumpir los armoniosos pensamientos en que se deleitan los dos amantes. Insensiblemente van acercándose al límite del valle i ya se internan en el bosque. Marabuta lo advierte; quiere volver pero Alican la invita a descansar a orillas de una fuente cristalina que a pocos pasos de ellos se encontraba. El verde i apretado césped que tapizaba los bordes del manantial les ofrece un cómodo asiento i el frondoso ramaje que servia de techo a aquel salon de la naturaleza deja escapar algunos rayos de la luna que brillaba en el espacio.

El lugar era a propósito para una escena tierna i apasionada. Pero los dos séres que allí se encontraban no tenian en medio de su sencillez las lisonjas i mentidas palabras que los poetas ponen en boca de los amantes.

Alican fué el primero que rompió el silencio.

“Tengo que decirte cosas importantes, Marabuta. Abrigo un proyecto de cuya realizacion pende la felicidad de mi vida. Sa-

bes que no poseo bienes suficientes para obtener tu mano: pero quizá tu padre consienta en tomar todo lo mio, obligándome yo mismo a servirle toda mi vida con tal de vivir a tu lado i unirme contigo en matrimonio. Pobre seria nuestra boda. No tendria una choza que ofrecerte. Nuestros hijos no mirarian como tuyas las tierras en que nacieran. Pero en cambio viviriamos amándonos para siempre i quizá la bondad de Antonabal supliria lo restante.”

Marabuta contestó con un suspiro.

“¿O no me amas, Marabuta? ¿prefieres talvez a otro que, en lugar de llevarte un amante corazon, te dé riquezas, reservándote la suerte de sus numerosas mujeres.”

“¡Ah! Nó, Alican. Bien sabes cuanto compadezco la suerte de todas las mujeres de esos hombres inhumanos. Tampoco necesito decirte que sé apreciar tus sentimientos. Encuentro en tí algo que no existe en los demas hombres. Pero oye lo que te voi a revelar i dí tu mismo si podrán realizarse los sueños seductores de tu fantasía.

“Al otro lado de esta montaña existe un cacique poderoso cuya autoridad se extiende hasta los pueblos que baña el Océano. Tiene 12,000 indios bajo sus órdenes i con sus riquezas podria reunir mas aun. En su fisonomía está pintada una ferocidad salvaje i su mirada causa terror. Pues este hombre es tu rival. Mi padre ha entrado en comunicacion con él, porque varias veces los he visto juntos por largo tiempo. El me dirijió una vez la palabra pero no le entendí lo que me decia i me alejé al instante.

“Por el sijilo que guardan en sus conversaciones i por los preparativos de guerra que se hacen en esta tierra pienso que algun asunto importante los ocupa. El otro dia mi padre en un transporte de entusiasmo me reveló algo que quizá él mismo no hubiera querido descubrir. “Hija mia, me dijo, estrechándome entre sus brazos, tú serás por ahora el olivo de paz que una a los jefes de la patria i despues serás la causa de la gloria que va a recaer sobre mi nombre peleando contra el enemigo extranjero.” Mas tarde le oia hablar de ciertos hombres que vienen a ocupar nuestras tierras i de su alianza con el jefe vecino para rechazarlos.

“Todo esto me hace divisar dias de tormenta i un porvenir aciago para nuestro amor.”

“¡I qué! exclamó Alican, ¡tan grande es la ambicion de Antonabal que se sirva de su hija como de una mercancía para ir a comprar glorias i poder! Nó, jamas permitiré, amada mia, que contrariando tus desos, se te obligue a habitar en la choza de un señor altanero. Nó, jamas permitiré que seas de ese bárbaro porque siento dentro del pecho algo que me dice que debes ser mia i que en mi casa no seguirias la codicion de la mujer de un cacique.

“Iré, hablaré con tu padre, i si es verdad que te tiene reservada para ser la víctima de su ambicion, el dardo de mi flecha, la punta de mi lanza embotados hasta ahora por tu amor, irán en-

tónces a clavarse agudos en el corazon de mi rival. Correré hácia esos extranjeros de que me hablabas hace poco i con ellos sembraré la destruccion i la muerte por donde quiera que se me ponga obstáculo para llegar hácia tí.”

Marabuta, sobresaltada por la agitacion que notaba en Alican, va a replicar; pero la voz queda suspendida de sus labios al ver a su amante que cae derribado por el golpe de un brazo vigoroso. La india arroja un grito, mira hácia atras i ve a su padre de pié en actitud amenazante, los ojos encendidos, los puños apretados. Antonabal se dirige a ella, la toma de un brazo i la arroja léjos de sí. Despues, dirijiéndose a los indios de su comitiva: “Tomad, les dice, ese vil esclavo que ha tenido la insolencia de poner sus ojos en la hija de su amo. Conducidlo maniataado a la prision, porque le está aguradando un castigo ejemplar. I tú, hija indigna de mi amor, aprovechabas los momentos de mi ausencia para venir a solas con el infame a conspirar contra mí. El cielo me ha conducido a tiempo para desbaratar vuestros planes. Todo ha concluido con un golpe de mi mano; pero reservo un premio para tu traicion. No está léjos el dia en que obtenga una gran victoria; ese tambien será el dia de tu boda con el cacique de la costa i la cabeza de Alican será la copa nupcial que para ese dia os tenga preparada.”

Diciendo esto, ordena a su hija que lo siga, la cual obedece muda de terror.

¡Cuánta mudanza en tan breve tiempo! Denantes llenos de amor i de esperanzas se dirijian al bosque del cual vuelven ahora poco ménos que en la tumba.

Ya todo parecia concluido para ellos.

En marzo de 1551 los españoles, despues de haber fundado la ciudad de la Concepcion i de haber extendido por el pais vecino la fama de sus prodijios, logrando así intimidar por algun tiempo a los belicosos araucanos, echaron los cimientos de una nueva ciudad a la que dieron el pomposo nombre de *Imperial*. Los indios solo opusieron una débil resistencia para impedir que sus enemigos se arraigaran en su suelo, levantando pueblos que ellos consideraban como monumentos de la esclavitud. Gracias a esto la fábrica de la Imperial fué rápida i el gobernador Pedro de Valdivia se encontró luego en aptitud de contituar las exploraciones que habia interrumpido.

Formóse una division de 150 hombres de a caballo, algunos de a pié i yanacónas de servicio, al mando del mismo gobernador i de Jerónimo de Alderete, su lugarteniente. Esta division debia marchar hácia el sur al traves de los bosques i matorrales impenetrables con que estaba cubierta toda la rejion que se proponian reconocer. Naturalmente la marcha no podia ménos que ofrecer serios obstáculos para los españoles que, sin conocer el lugar, no hubieran podido descubrir los ocultos senderos que

cruzan en ciertas direcciones esas montañas al parecer impracticables. Un guia les era de absoluta necesidad en las circunstancias en que se hallaban. La Providencia se los proporcionó.

Estaba ya el ejército para salir de la Imperial, cuando se presenta un indio en busca del gobernador. La pobreza se revelaba en su vestido i la desgracia se pintaba en su semblante. Llevado a presencia del jefe expone con sencillez i en pocas palabras que el único objeto que lo ha traído a los cuarteles de los españoles ha sido el de ponerse al servicio de éstos en cuanto les fuere de utilidad. Pero como Valdivia reflexionara en aceptar la propuesta del araucano, talvez sospechando en él la existencia de un espía, el indio se arroja a sus piés i le suplica con lágrimas en los ojos acceda a la petición de un desgraciado que cifra su única esperanza de felicidad en ponerse a su servicio, aun cuando lo considere como el último de sus esclavos. La humildad de sus palabras, la sinceridad de su expresión hacen desaparecer la duda del ánimo del gobernador, quien despues de haber obsequiado al indio con un magnífico vestido, lo hace el guia de la expedición proyectada. Desde este momento la sombría nube que oscurecía su frente se despeja, brillando en su lugar una aureola de satisfacción i de contento que hace resaltar en toda su nobleza las varoniles facciones del salvaje.

Bien pronto los españoles simpatizaron con su guia, entusiasmándose con las descripciones que éste les hacia i con las noticias que les daba de las tierras que ellos pensaban conquistar. De este modo la marcha se hizo fácil, i el entusiasmo nunca faltó a la tropa infundiéndole valor siempre que habia menester.

Distaban ya seis leguas de la ciudad de la Imperial, cuando los conquistadores se encontraron en las riberas de un río mui caudaloso, el Tolten. Al otro lado del río un gran número de indios los esperaba resueltos a estorbarles el paso. Pero los españoles, gracias a la intelijencia i actividad desplegadas por su guia, pudieron construir, sin ser vistos, i valiéndose de carrizo i paja algunas balsas en que atravesaron el río, burlando la vijilancia de los indíjenas, porque la misma corriente de las aguas los llevó a un lugar distante de donde estaban apostados sus enemigos.

Una vez al otro lado los españoles fueron contra ellos, sembrando en sus filas el pavor i el espanto. Al ver el valor desplegado por estos hombres desconocidos i al experimentar el terrible impulso de la caballería, los indios huyeron a la montaña dejando abandonadas sus habitaciones.

Despues de este primer encuentro, los españoles continuaron su marcha contra la corriente del río hasta llegar a un pueblecito mui regular formado de casas edificadas con palizadas. Estaba situado este pueblecito en una vega hermosísima. Lo agradable del sitio, como la comodidad que presentaban las casas que en él existían, determinaron al ejército a acampar por algunos

dias en este punto. Los soldados comenzaron a disfrutar del descanso que ya hacian necesario las fatigas de un largo viaje. Todos recibieron con entusiasmo la idea de pasar algunos dias de ocio en tan ameno paraje. Solo el indio que les servia de guia se mostró taciturno al recibir la noticia de la detencion que pensaba hacer el ejército. Ya otras veces se habia notado con cuanto placer recibia la voz de marcha i con cuanto disgusto se detenia para hacer alto en algun lugar. A la cabeza del ejército, la vista fija en el lejano horizonte, devoraba las distancias con lijero e incansable paso. Hubiérase dicho que un imán poderoso lo atraia desde léjos al mismo tiempo que embargaba las potencias de su alma cuando ejercia sobre él su influencia.

Obligado ahora a detenerse por algun tiempo, experimentó en un instante un cambio radical. Ya no fué el alegre guia que animaba a los soldados en la marcha. Presa de la melancolía, consumia las horas enteras en la inactividad, entregado tan solo a sus propios pensamientos. Impaciente el indio en semejante situacion, se resolvió a hablar con el gobernador, cuya bondad le habia granjeado su confianza, para desahogar en él su oprimido corazón.

Cierto dia que el gobernador trataba de indagar la causa de su malestar, el indio le contestó: "Ah, señor gobernador, no se admirara vuesa merced de mi tristeza si supiese cuan desgraciado soi. Me llamo Alican i nací en el valle de Marquina. Pero me he visto obligado a alejarme de mis padres i a perder de vista la tierra de mi nacimiento para salvar la vida que me iba a ser arrebatada. He visto sobre mi cabeza la maza del verdugo i solo la fuga pudo libramme de expiar como un cobarde el solo delito de haber amado. Sí, porque esta ha sido la causa principal de mi desgracia i es ahora lo que motiva mi tormento. Ha de saber vuesa merced que habia osado poner mis ojos en la hija del cacique Antonabal, la mas hermosa de las mujeres, i éste quiso castigar con la muerte mi pasion. Me fugué, i léjos de Marabuta, sin patria, sin hogar, he andado errante por largo tiempo en busca de un apoyo con que pueda recuperar la felicidad que un dia triste en la historia de mis dias me ha arrebatado quizás para siempre."

Valdivia se apresuró a consolar a nuestro enamorado indio, diciéndole que contase con que él arreglaria todo de modo que se casara con su india adorada i disipara los temores i desconfianzas que Alican abrigaba.

El amor hace tímido al mas valiente i valiente al mas cobarde. Alican temia que un ejército de indios destrozase al reducido número de españoles que acompañaban al gobernador; pero al mismo tiempo él solo hubiera peleado contra todo el ejército por conseguir a su amada.

Ya mas tranquilo con la promesa que habia recibido, nuestro

guia recobró su alegría i desde ese dia sirvió con mas empeño a los españoles.

Su deseo hubiera sido volar hácia Marquina a fin de realizar cuanto ántes las felices probabilidades de ventura que la oferta del gobernador abria para él. Pero no todo estaba en su mano i aun quedaban para Alican algunos dias, que a él parecian siglos, de inquietud.

Valdivia queria adelantar mas todavía hácia el nacimiento del majestuoso rio que por algunas leguas habia sido su constante compañero de viaje. El abundante caudal i la hermosura de sus aguas despertó en los españoles el deseo de conocer la laguna de donde, segun las noticias que habian adquirido, traia el rio su oríjen. Además, los indios del lugar en que ellos habian fijado su campamento los molestaban continuamente con sus engañosos ataques. No podian soportar, i con razon, que aquellos intrusos extranjeros viniesen con su arrogancia acostumbrada a desalojarlos de lo que les pertenecia; de manera que vieron con gusto su retirada del lugar.

A los pocos dias de marcha, encontrábanse ya los españoles en las riberas de la laguna de Villa-Rica i tenian ocasion de probar sus sabrosos pejerreyes, porque los naturales salieron a obsequiar inmediatamente a los recién venidos, ocultando bajo el manto de la amabilidad los proyectos hostiles que contra ellos maquinaban.

En efecto, cuando éstos a la sombra de la noche procuraban encontrar en el dulce sueño un descanso para sus miembros fatigados, aquéllos, aprovechándose de la misma oscuridad, comienzan a disparar dardos i flechas sobre sus enemigos indefensos. Resuena el grito de alarma en el campo de los españoles, despiertan los soldados, toman sus armas, buscan al enemigo.... Pero el enemigo no se encontraba. Los indios dirijian su ataque desde la ribera opuesta del rio i los españoles solo despues de pasar el primer estupor vinieron a comprender la situacion en que se encontraban. Felizmente para ellos una densa neblina que se extendió al rayar el alba por las riberas del lago, prolongó la oscuridad i dió tiempo para que los españoles, dando vuelta a la laguna, cayesen sobre los desdichados salvajes haciendo grandes destrozos; pues éstos, sorprendidos por el terrible sistema de guerra que por primera vez experimentaban se dejaron degollar sin resistencia.

Cuenta el autor de esta historia que al aclarar el dia los indios tuvieron ocasion de comprender la magnitud de su derrota al ver el rio tinto con la sangre de los suyos; i él mismo refiere, como un ejemplo de la crueldad que esta vez demostraron los españoles, el hecho siguiente, que preferimos reproducir:

“Hubo un indio que habiéndose defendido por largo tiempo peleando como un Héctor hasta ser rendido finalmente, i preso, vino a manos del teniente jeneral, el cual mandó a un negro suyo

que le partiese por medio del cuerpo como habia hecho a otros, i diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recibir el golpe i estuvo tan sesgo, i sin muestra de sentimiento ni jemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dió por medio de los lomos con una espada ancha que a cercen cortó por medio el cuerpo haciendo dos dél; las cuales crueldades ni eran para manos de cristianos, ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entónces no habian cometido delito en defender sus tierras, ni quebrantaban alguna lei que hubiesen recibido.”

Pero dejemos a un lado a los españoles con sus marchas i combates. Ya Alican los lleva a Marquina, ponderándoles en su contento la hermosura de Marabuta i la belleza incomparable del valle en que habitaba. A atenerse por lo que el indio decia, aquello era un eden tan encantador como el de nuestros primeros padres o como el paraiso de Mahoma. Los soldados se divertian con esto i soportaban con paciencia las largas jornadas que les hacia emprender su enamorado guia.

Entre tanto en Marquina habian tenido lugar nuevos acontecimientos. Marabuta desde la evasion de Alican habia recuperado un tanto las fuerzas que habia perdido dia a dia miéntras la prision de su amante; aunque su ausencia no permitia el completo restablecimiento de su espíritu. De continuo procuraba aplacar la cólera que los últimos sucesos habian hecho jerminalar en el ánimo de su padre.

El carácter del araucano no tiene nada de versátil. Por el contrario, poseido su espíritu de alguna idea, no la abandonan jamas. Antonabal participaba tambien de esta firmeza. De manera que las lágrimas de su hija, si bien pudieron contener sus arrebatos, no borraron nunca de su alma el rencor profundo que tenia con el amante de Marabuta. Antes bien, este rencor tomó nuevo incremento al saber que Alican servia de guia a hombres que atravesaban a sangre i fuego todo el pais, arrogándose el título de conquistadores de Chile. Conservaba, pues, el propósito de combatir al extranjero; pero tuvo al fin que desistir de él, viéndose precisado a permanecer en la inaccion.

La rivalidad habia estallado entre él i el cacique de la costa. Ademas este último le echaba en cara la evasion de Alican i no podia soportar la repugnancia que por él manifestaba la hija de Antonabal.

Por otra parte, la fama del combate de la laguna llegó a oídos de los indios i los de Marquina, poco acostumbrados a la guerra, presa del terror, esperaban como un acontecimiento fatal el dia en que su sangre habia de ser derramada por los españoles, sin atreverse siquiera en su pensamiento a hacer frente a estos hombres terribles.

El cacique, pues, se encontraba aislado, i probablemente participaba del temor de sus súbditos, cuando el ejército de Valdivia avistó las tierras de su dominio.

Alican fué el primero que, corriendo a una altura inmediata dirigió su vista a aquellos campos que tanto habia recorrido en su infancia i que despues, regados con el sudor de su trabajo habian sido testigos de su felicidad como tambien de su infortunio. Al divisar la choza de su amada, el tiempo retrogada en su mente i lo trasporta a aquel mismo instante en que por última vez se alejó de aquellos sitios. Presa de una viva emocion apénas comprende lo que pasa al rededor de sí, de tal modo que uno de los soldados, sacándolo del éxtasis en que estaba sumerjido, tiene que advertirle que acuda al llamado del gobernador.

Valdivia habia resuelto premiar por fin a su fiel servidor, poniendo todo lo que tuviese de su parte para darle a la india, objeto de su amor.

Así, tan luego como Alican estuvo delante de él, le cojió la mano con afeccion i le dijo: “Te estoi sumamente reconocido por tus servicios. No encontraria una remuneracion proporcionada a ellos si tú mismo no me hubieras indicado el medio de hacerte feliz. Cuenta conmigo desde ahora. Toma ese caballo i vé a traer a la que debe ser tu esposa, porque yo quiero ser el padrino de tu boda. En cuanto a la comitiva que necesites, puedes escojerla entre mis servidores.”

Alican, loco de júbilo, salta sobre el fogoso animal que, dócil a la rienda, responde instantáneamente a la voluntad de su jinete. Este suelta la brida i, creyéndose en posesion del rayo, se lanza con indecible ardor a la llanura. Nada mira, nada ve. Anima, excita, espolea a su caballo caminando siempre en direccion a la choza de su amada, i pronto se pierde entre los árboles.

Miéntras éste sigue veloz en su carrera, Marabuta permanece silenciosa contemplando a su padre que ajitado se pasea a algunos pasos del lugar en que ella se detiene. Por la expresion de su semblante se puede adivinar que dos ideas contrarias combaten en ese momento en su alma. Mira a su padre i sus facciones se oscurecen; mira hácia lo léjos por el valle i con los aires que de esos lados aspira parece animarse su rostro como con la perspectiva de una dulce esperanza realizada; pero luego vuelve a caer en la tristeza que la abruma.

Antonabal está preocupado con la nueva del arribo de los españoles i medita acerca de la actitud que deba tomar en su presencia.

De repente un sonido extraño se hace oír a pocos pasos de distancia i la tierra se extremece como bajo la planta de un gigante. Marabuta i Antonabal, sobresaltados, miran a su alrededor i ven algo como sobrenatural que vuela hácia ellos con la velocidad del relámpago, salva con rapidez los obstáculos que a su paso se oponen i se detiene a sus piés. Aun no han vuelto de su estupor cuando un indio se desprende de esta máquina portentosa i ámbos reconocen en él la figura de Alican.

Este, aprovechando el terror que habia infundido su extraña

aparición en el ánimo del cacique, toma a Marabuta que, enajenada, no hace resistencia, la coloca por delante en el caballo sosteniéndola con su brazo, i, ébrio de felicidad, vuela con ella al campamento.

Antonabal, por el momento, apénas se dió cuenta de lo que pasaba. Pero cuando volvió en sí i pudo comprender que su hija le habia sido arrebatada, inmediatamente tomó la resolución de correr en su busca. Marcha, pues, siguiendo las huellas de Alican hasta que llega al lugar en que estaban acampados los españoles. Preséntase ante el gobernador no dudando ya que él fuese la causa de su mal i le expone su queja. Píntale con los mas negros colores la conducta de Alican; pondera la importancia que tenia como cacique del lugar i lo mucho que amaba a su hija. Exhorta a los españoles a que se hagan dignos de la doctrina que predicán i a que le vuelvan a Marabuta para no desmentir la buena conducta que hasta entónces habian observado para con los indios de Marquina.

El gobernador le hace presente que su intención no es de ofenderlo, ni mucho ménos de despojarlo impunemente de lo suyo. Le ofrece, en efecto, una fuerte suma de dinero i muchas ventajas personales para que consienta en el matrimonio proyectado. Trata de calmar su resentimiento con Alican haciendo resaltar las buenas cualidades del indio i diciéndole que tuviese a honor la mediación por él interpuesta en este asunto.

Antonabal tuvo que retirarse, aunque no mui satisfecho de las razones del gobernador, pero sí agradecido por la suma que le dejaba en su poder.

Ya solo se trataba del matrimonio de los dos indios. La división, que habia ido en busca de mantenimientos, habia regresado trayéndolos en abundancia i mui oportunamente para la fiesta que se preparaba en el ejército.

Era la tarde de un día del mes de noviembre. La misma hora en que algunos meses ántes los dos esposos se habian encontrado en el valle i habian tenido su última entrevista. Ellos estaban colocados en la cumbre de una colina desde la cual divisaban el mismo sendero que conducia a aquella fuente que tan gratos i amargos recuerdos traia a su memoria.

Todos los soldados españoles simpatizaban con el indio, cuyos servicios habian aprovechado durante el viaje; así es que se agrupaban con empeño al rededor de los esposos, admirando los unos la belleza de Marabuta, gozando los otros con el contento que en su compañía experimentaba Alican.

Pedro de Valdivia se dirige al capellan de la expedición i le anuncia que ya es tiempo de que se verifique el matrimonio.

Este avanza i derrama sobre la cabeza de los dos indios el agua rejeneradora del bautismo i se prepara en seguida para unirlos con el sacramento del matrimonio.

Los soldados presenciaban en silencio esta escena i ya el sa-

cerdote iba a dar la bendición nupcial, cuando de súbito resuena el grito unísono de mil bocas sedientas de sangre i de venganza, i en el momento millares de indios brotan de los bosques en que se habian ocultado.

La escena cambió por completo en el campamento. “¡Los indios!—¡A las armas!” fué la voz jeneral, i un instante despues todo presentaba el espectáculo de una gran batalla.

La colina en que estaba Alican fué teatro de sangrientas lides. Aquí un indio era atropellado por un jinete español, acá un soldado derribaba a otro con su sable i allá un tercero mordía el polvo, víctima de una bala enemiga. Entre tanto, Alican, al lado de su amada, como una tigre guardando su cachorros, repartía la muerte entre aquellos que pedían a gritos la suya, maldiciendo al traidor. Mas de un indio quiso avanzar hasta Marabuta para aniquilar esa belleza que ellos consideraban como la causa de la guerra; pero Alican con solo su aspecto amenazante les impidió llegar a ella.

Hubo un momento en que la fisonomía de nuestro héroe fué marcada con la impresion de indecible cólera. Producía en él este efecto la aparición de un guerrero que en las señales de su traje indicaba ser uno de los principales, sino el primer jefe de los indios, i cuyo semblante hizo estremecerse a Marabuta apénas lo hubo divisado. “Lo ves, ahí está, Alican, grita la pobre india, es el mismo, el cacique de la costa. Sin duda estamos perdidos.”

Efectivamente, Alican pudo comprender ahora el oríjen de ese ataque inesperado al ver al frente del enemigo a su orgulloso rival i desgraciadamente comprendió tambien que los temores de su esposa no eran infundadas.

Los indios estrechaban el ataque por ese lado i su jefe los animaba con su valiente ejemplo. Uno de los soldados españoles habia caído. Otro de los pocos que en ese punto se encontraba habia empeñado un combate cuerpo a cuerpo con un indio, dejando en descubierto a Alican i su amada. Este hacia prodijios de valor, pero ya habia recibido una herida que le impedía obrar como quisiera. Un momento mas i los enemigos completarian sus propósitos. Alican tiene por segura su muerte i se resuelve a vender cara la vida que en esos momentos tanto apreciaba. Busca a su odiado rival i empeña con él un encarnizado combate, sin cuidarse de lo que pasaba a su alrededor i sin notar el oportuno auxilio de algunos jinetes que venían en su amparo. A su llegada, los indios comenzaron a ceder, i Alican vió escapar de sus manos al cacique.

Los indios en todas partes habian perdido terreno i ya se declaraban en completa derrota.

Los españoles emprendieron entónces su persecusion, i Alican mas ardoroso que todos quería ver expirar a sus piés a su rival. Acompañado de algunos soldados sigue las huellas del cacique enemigo, al que a poco andar divisan que huía con Antona-

bal, su antiguo aliado. Parece que éste solo a última hora había resuelto tomar parte en la refriega, inducido por su resentimiento con el jefe español i por las instancias de los mas belicosos de sus súbditos. Ya el destacamento del ejército vencedor estaba sobre ellos, amenazándolos con segura perdicion. Al ver su situacion, el cacique de la costa se vuelve contra Antonabal, blandiendo en la mano un acero vengador que había arrebatado en la pelea: “Tú solo, le dice, eres la causa de mi desgracia. Me has engañado cien veces. Por tí he tomado las armas i quizá tú, conduciéndome por estos sitios, me has armado un lazo para que perezca i hacerte despues dueño de mis tierras. Pero nó, morirás ántes que yo.” Dice i se precipita, ciego en su furor, contra el cacique inocente. La rabia de que estaba poseido hace que yerre el golpe i da tiempo a Alican para interponerse entre ellos. El feroz cacique intenta un nuevo ataque, pero esta vez va a encontrarse contra la espada de Alican, cuyo hierro le penetra hasta las entrañas.

“Hijo mio, exclama Antonabal, te debo la vida” i estrecha a su salvador entre sus brazos.

Desde ese momento Antonabal fué un fiel aliado de los españoles i el matrimonio de Alican i Marabuta les aseguró la paz en aquel valle, descansando por algun tiempo de la lucha interminable de la conquista.

Santiago, 25 de abril de 1875.

CÁRLOS ALDUNATE S.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

DONDE SE SABE QUIEN ES EL PADRE DE ENRIQUE.

Puesto que sabes ya las circunstancias
Por las cuales dejó Ferrol a Chile,
De Job, lector, imita la paciencia
I a mi pobre leyenda honrando sigue.

Ya sabes que don Diego tiene una hija
A la cual acordó llamar Matilde,
Su edad ¿sabes cuánta es? Raya en los veinte
Que equivale a decir que está en los quince.

Puesto que de los años la carrera
Con un resorte májico suprimen,
Por regla jeneral, todas las damas
Cuando de tal edad tocan el límite.

I es debido, lector, a este soberbio
Descubrimiento mujeril, que existen
Madres que son menores que sus hijos,
I que se ven arrugadas a los quince.

Mas por hablar de cosas tan ajenas
Del asunto que trato, lector, dime:
¿No es verdad que doi márjen a que creas
Que soi el charlatan mas infelice?

I sobre todo lo que mas me importa
Es que tú ni te canses, ni te hasties,
I sé mui bien, por experiencia propia,
Que siempre aburre aquél que largo escribe.

Atendiendo a esto mismo, hago promesa
De ser lo mas lacónico posible,
Ya no salir de la cuestion un paso
Aunque la consonancia me lo obligue.

Dijimos que don Diego tiene una hija
Que por hermosa i llana se distingue,
Dócil a los consejos de su padre,
Unico consultor que la dirige.

Hemos dicho tambien que por tal niña
Loco de amor se encuentra don Enrique,
I no describo las locuras que hace
Por los ejemplos mil que se repiten.

Cuando llevado del cariño inmenso
Que el jóven abrigaba por Matilde
Su mano pretendió, la hermosa jóven
Estas palabras a su amante dice:

—“Desde los tiernos años de mi infancia
Con ciega fé mi corazon se rinde
A los consejos de mi amado padre,
Unico consultor que me dirige.

“Yo respeto tu amor, i ser tu esposa
Ha sido i es mi aspiracion sublime;
Mas, esta aspiracion no vale nada,
Sin que mi amado padre la autorice.”

Confió despues la jóven a don Diego
El amor que sentia por Enrique,
I Ferrol al oir tan grata nueva
De infinito contento se reviste.

Pero hai ejemplos mil que casi siempre
Tras el mucho gozar llega lo triste,
Que es una rueda la fortuna ingrata
Que a sus antojos el dolor imprime.

Así los dos amantes que soñaban
En brazos del amor vivir felices,
Lloran al ver a Dickson batallando
Entre los brazos de la muerte horrible!

Ya próximo a morir el noble yanqui,
En ausencia, lector, de don Enrique
Con voz por el cansancio perturbada
Estas palabras a su socio dice:

—“Conozco, amigo Diego, que mi vida
Va declinando con afan visible,
I a despecho de médicos i drogas
El mal de que adolezco hecha raices.

“I por esta razon yo me apresuro
I te hablo en nombre de mi buen Enrique,
El cual anhela desde largo tiempo
Unirse en matrimonio con Matilde.

“No necesito, nó, recomendarte
Sus aptitudes i honradez sin límites,
Que posee fortuna en grande escala
Tambien creo excusado repetirte.”

—“No hablemos mas, oh Dickson, de este asunto
Le contesta don Diego, si Matilde
Siente por don Enrique igual cariño,
Yo seré el mas feliz de los felices.”

—“Gracias, gracias, Ferrol, responde el yanqui,
Mas escuchando por piedad prosigue,
Que así sabras de tu futuro yerno
Algo que te interesa, i es su oríjen.”

I aquí contó, lector, lo que tú sabes
Relativo a Leonor, historia triste
Que a Dickson le narró su esposa misma
Sin omitir en ella ni una tilde.

Don Diego al escucharla quedó pálido,
I en su pecho sintió luchas horribles,
I apoyando su frente entre sus manos
Exclama para sí:—“¡Leonor! ¡Enrique!”

Luego finjiendo obligacion urgente
Se despide del yanqui i le repite
Que la union de Matilde con el jóven
Lo hace el sér mas feliz de los felices.

Una vez en su casa—“¡Oh Dios! ¡Dios mio!
Exclamaba llorando—esto es terrible!
Tengo empeñada mi palabra i solo
Yo sé que tal union es imposible!

“Yo soi el criminal que dominado
Por la pasion brutal, sobre esa vírjen
Arrojé lodo i marchité sus galas,
I el fruto de ese crimen es Enrique!

“¡Enrique! ¡Ese muchacho intelijente,
Idolo venerado por Matilde,
I ante el cual temblaré como los árboles
Que al rudo vendabal la frente rinden!

“Enrique Sandoval, tal es el nombre
Que de mis padres recibí felice,
Nombre que usé i abandoné tan pronto
Que conseguí mis criminales fines.

“I talvez mi Leonor, ese ánjel puro
Que incauta oyó lo que falaz le dije,
Al dar al fruto de su amor mi nombre,
Quiso otra prueba de afeccion rendirme.

“¡I yo no me engañaba! ¡cuántas veces,
Reconcentrando mis recuerdos, quise
Hallar un parecido en las facciones
Del cumplido galan de mi Matilde!

“Pero ¡ai! aunque luché con tal idea
Realizarla jamas me fué posible,
Mas hoi, sufriendo sin cesar, preveo
De tardía expiacion el golpe triste.

“¡No sé qué hacer!... ¡La duda me atormenta,
Confesarle quién soi es bien terrible,
Pues no tengo el valor de presentarme
Como el autor de tan tremendo crimen!

“¡El con justicia arrojará a mi frente
Mi negro proceder i mis ardides,
I luego el abandono en que a su madre
Dejé sumida i para siempre triste!

“¡Oh Dios! ¡no sé qué hacer! Por otra parte,
Si yo no me descubro, no concibe
Mi ofuscada razon lo que conviene
Ejecutar para alejar a Enrique.

“I una vez separados, cuánto, cuánto,
No sufrirán talvez los infelices!
I quién sabe ¡gran Dios! si hasta la vida
Le pudiera costar a mi Matilde!

“Es cierto que ella es dócil i que solo
Por mis sanos consejos se dirige,
Mas, ¿cómo arrancaré su amor primero
Sin destrozar su corazón sensible?

“Mas ¡ah! no hai mas que hacer, huiré con ella
De una tierra lejana a los confines,
I allí con mi cariño, poco a poco,
Haré que olvide por completo a Enrique.”

Tales cosas decia i, mientras tanto,
Declina Dickson, i la frente rinde
Al poder de la gran niveladora
De hinchados mentecatos i de humildes!

EL ARTISTA.

Despues de humedecer la fria tumba
De mister Dickson con doliente lágrima,
Regresemos, lector, a las hermosas
I extensas costas de mi amada patria.
—¿Qué noticias tenemos? De Santiago
Recorramos las calles. ¿De qué se habla?
¿Se charla de política? ¿Que nó? Sigamos,
Lleguemos al café que está en la plaza.
Escucha bien, ¿qué dice aquel sujeto?
Bendice de un artista la llegada,
Que es un jenio, repite, i que es chileno.
¡Siento que de placer se ajita mi alma!
Aun sigue hablando de él, atento escucha
Lo que dice a sus otros camaradas.

HABLADOR PRIMERO.

—Relativo a su oríjen, varios dicen
Que ha nacido en las tierras araucanas,
I que tomado fué por nuestra jente
En uno de los tantos hechos de armas
Que, desde tiempo atras, van repitiéndose
Dia por dia, con terrible saña.

HABLADOR SEGUNDO.

—Me han dicho que es un mozo intelijente,
De frente altiva i de gallarda planta,
Que seduce al hablar por su finura,
Por sus maneras i su voz simpática.

HABLADOR TERCERO.

—A propósito de eso, me aseguran
Que con Matilde de Ferrol se casa.

HABLADOR SEGUNDO.

—Linda niña se lleva.

HABLADOR PRIMERO.

—Lo merece,
Por que el jóven don Luis es una alhaja.

HABLADOR SEGUNDO.

—¡Cuánta satisfaccion tendrá el sujeto
Que recursos le dió para ir a Italia!

HABLADOR PRIMERO.

—Siempre el recuerdo del favor que se hace
Contento brinda al corazon i al alma.

HABLADOR SEGUNDO.

—Oí decir ayer que un lindo cuadro
Para el concurso próximo prepara,
Cuadro que sin disputa obtendrá el premio
Por ser el arte en su mayor escala.

HABLADOR TERCERO.

—I en él ¿qué representa?

HABLADOR SEGUNDO.

—Segun dicen
Es efecto de luz.

HABLADOR PRIMERO.

—¿Es al que llama
Su intelijente autor *Una cautiva?*

HABLADOR SEGUNDO.

—El mismo, sí, señor.

HABLADOR PRIMERO.

—Entónces, basta.
Que aunque léjos estoi de ser profeta,
Auguro al cuadro la primera palma.
Antes de ayer he visto, por mi suerte,
El lienzo encantador, ¡qué pinceladas!
¡Qué prolijos detalles! Sin disputa
Es, pues, el arte en su mayor escala.

Suponed un gran bosque iluminado
De trecho en trecho por la luna pálida,
Que parece rodar con lentos pasos
Entre mil astros de brillante plata.
En medio de este bosque, se divisa
Un hombre altivo de jigante talla,
Que representa ser segun su traje
Cacique de las tribus araucanas.
No léjos de él, sobre mullidas pieles,
Hai una jóven por demas simpática,
Cautiva al parecer, adormeciendo
Al tierno fruto de su cruel desgracia.
Este gracioso grupo está bañado
A la derecha, por la luna pálida,
I al lado izquierdo, de brillantes fuegos
Por las rojizas i movibles llamas.
Agregad ademas un colorido
Tan perfecto, señores, que dudaba,
Cuando el lienzo miré, si era pintura
O era realidad lo que miraba!

EXPLICACIONES.

Ya sabemos que es don Luis
Un artista de gran mérito,
Nacido, segun se cuenta,
En el araucano suelo,
Tambien sabemos que en Chile
Residen Matilde i Diego,
I que se casa la jóven
Con don Luis, tambien sabemos.
Ahora bien, si no te cansa
La lectura de mis versos,
Continúa, pues, lector,
Mis narraciones oyendo.
Ferrol, como ya se ha dicho,
Sintió rujir en su pecho
Las desatadas tormentas
De un mortal remordimiento
Apénas supo el oríjen
De don Enrique, i por esto,
Deseos tuvo mil veces
De aclarar aquel misterio,
I hacer ver los imposibles
Que se alzaban de por medio
Impidiendo de los jóvenes
El deseado casamiento,

Mas temia, como he dicho,
Aparecer como reo
De aquel crimen, digno solo
Del mayor de los desprecios,
I es por eso que forjaba
Cien proyectos casi a un tiempo,
Proyectos que eran inútiles
Por ser el mal sin remedio.
A fuerza de elaborar
Ideas en su cerebro
Iba el padre de Matilde
Por grados enflaqueciendo.
I la nieve de los años
Cambió en color ceniciento
Sus abundantes i dóciles
I renegridos cabellos;
Que no siempre son las canas
Hijas de largos inviernos,
¡Hai vejeces prematuras
Nacidas del sufrimiento!
Por último, abandonando
Sus mil variados proyectos,
Juzgó lo mas conveniente,
Para salvar el tropiezo,
Colocar entre sus hijos
Mucha tierra de por medio.
Lo hizo así, i es por esta
Razon que en Chile lo vemos,
Mas concluido, como he dicho,
¡Concluye tanto un tormento!
Para conseguir su afan,
Pretestó no hallarse bueno
De salud; i resolvió
Hacer por mar un paseo.
Partió, pues, con su bella hija,
Mientras urgentes arreglos
A don Enrique impedían
Viajara junto con ellos.
I cuando la nave hendía
Las olas del mar tremendo,
Ferrol a la niña dijo
Con firme i pausado acento:
—“Hai misterios en la vida
Dignos, hija, de respeto.
Respétalo, pues, Matilde;
Que el presente es uno de ellos.
Segun acuerdo pendiente
Debias en poco tiempo,

Celebrar con don Enrique
Las bodas de un lazo eterno.
I aunque al jóven en cuestion
Grato cariño profeso,
Que renunciés a su amor
Para siempre es mi deseo.
La nave que nos conduce
Nos lleva a vivir mui léjos,
Al pais donde a la luz
Tus dulces ojos se abrieron.
Don Enrique no es tan solo
El único hombre de mérito,
En todas partes los hai
Notables por el talento.
I tú encontrarás, Matilde,
En ese tu patrio suelo,
Brillantes intelijencias
En virtuosos caballeros.”
La niña se puso pálida
Al escuchar a don Diego,
I arrojándose a sus piés
Lloró sin hallar consuelo.
Pero ¡ai! qué cierto es, lector,
Lo dudaria a no verlo
Que son remedios de amor
La separacion i el tiempo!
De veleidad tan funesta
Matilde es un triste ejemplo,
Pues al año no cumplido
Olvidó su amor primero.
¡Ah! si no fuera, lector,
Que aun bendigo en mis recuerdos
A una mujer harto bella
Que adoré por largo tiempo,
I que talvez engañada
Por miserables consejos
Olvidó mi eterno amor
I olvidó sus juramentos,
Deseara que toda ingrata
Sintiera por un momento
El dolor que, desde entónces,
Mi corazon va sufriendo!

Un año despues de aquel
En que a Chile llegó Diego,
Volvió don Luis a su patria
Con un caudal no pequeño
De instruccion, al reves de otros

Que tornan del mundo viejo
Vestidos a la *dernier*
Pero con los cascós huecos.
La llegada del artista
Fué gran acontecimiento
En Santiago, sobre todo
Entre el adorado sexo.
Ahora bien, entre las niñas
Que tenían mas empeño
De retratarse, lucia
La bella hija de don Diego,
La cual no solo alcanzó
El triunfo de tal deseo,
Sino tambien el amor
De aquel cumplido sujeto.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

PEDRO CRESPO.

(Continuacion.)

VII.

LA SERENATA.

Miéntras en el interior de la casa tenía lugar lo que acabamos de referir la calle presentaba un aspecto mui diverso.

Durante la cena habian llegado a los oídos de la honrada familia los acordes de una guitarra, i tal cual nota de una canción entonada a media voz; pero en los instantes en que Crespo bendecía a su hijo, en la calle sonaba clara i distintamente una copla que puso en guardia no solo al padre i al hermano sino tambien al mismo don Lope de Figueroa. Mas todavía, a la copla habia

precedido el ruido de una piedra lanzada contra una de las ventanas de la casa.

—No cabe duda, se decia Pedro Crespo, a mi hija dedican la fiesta!—

I como si los de afuera quisiesen responder a los honrados celos de aquel padre, una voz cantaba en esos instantes la siguiente estrofa:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules,
Mañana serán miel. (1)

Decidora era la copla; don Lope i la familia de Crespo se sintieron ajitados por un mismo sentimiento de indignacion.

—¿Qué es esto? decia entre sí el viejo jeneral ¿ni el estar yo aquí basta para que respeten esta casa?—I añadía en voz alta:

—¡Que travesuras! amigo Pedro.

—Son mozos... respondia Crespo, murmurando entre sí—
¡Ai de ellos si no estuviera aquí don Lope!—

Juan se levantaba en aire amenazante haciendo ademán de salir.

—¿A dónde vas muchacho? le dice su padre deteniéndolo.

—A ver si falta algo en la habitacion del señor don Lope.

—Criados hai que lo vean; quédate aquí, responde el padre con severidad, a tiempo que en la calle la voz que ántes se habia oido preseguia cantando:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules,
Mañana serán miel.

—¿Qué he hecho yo para que esto me suceda? murmuró en silencio la modesta niña.

—¡No puedo aguantarlo! gruñó don Lope, ¡esto es mui mal hecho!—i arrojó léjos la mesa, rompiéndose con esta accion una buena parte de los platos i cristales que todavía en ella quedaban.

—¡Mui mal hecho! contestó Crespo, disparando a un lado una silla que delante tenia.

—¿No es mui mal hecho, dijo don Lope en tono apacible que me duela tanto esta pierna?

—De lo mismo hablaba yo; respondió Crespo, refrenando su coraje.

—Pensé que era otra cosa, como tan léjos arrojasteis la silla....

—Vos arrojasteis la mesa i no tenia otra cosa con que acompañar vuestra accion....

(1) Calderon.

—¡Vaya! dejadme solo.

— En hora buena, dijo inclinándose el labrador.

—Isabel, adios, dijo don Lope.

—Dios os guarde, señor, respondió la niña.

Don Lope se retiró a su habitacion, Crespo mostró a Juan su cuarto, diciéndole:

—Esa es tu cama mancebo, i como si nada pasara, se dirigió tranquilo a su dormitorio.

Entre tanto los de afuera cantaban:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules
Mañana serán miel.

VIII.

EN EL JARDIN.

Isabel comprendió fácilmente cuanto pasaba por aquellas tres almas.

Don Lope, su padre i su hermano saldrian necesariamente a trabar una lid con los importunos cantores.

Al solo nombre del primero huirian necesariamente todos; pero ¿cómo quedaria su fama en el lugar? ¿Cómo aseguraria a los villanos, jente, por lo jeneral, maliciosa, su inculpabilidad e inocencia en tan desagradables incidentes?

Pobre jóven, ¡ella temia el escándalo de afuera i el enemigo estaba ya dentro en su hogar!

Saltando una tapia el capitan habia logrado entrar al jardin i sorprender a Isabel, que se paseaba desesperada, pensando en el trance, en que sin culpa suya iban a comprometerse su padre i su hermano.

Distraida en las reflexiones que se hacía, se halló de súbito frente al jóven capitan, que saliendo de entre los árboles, avanzó hácia ella resueltamente.

—¡Cielos! ¿Quién ha entrado aquí! exclamó Isabel.

—¡Ella! murmuró el capitan al reconocerla.

—Salid.

—Oye. . . . detente, te seguiré donde quiera que vayas.

—Ved, capitan, que si levanto la voz no faltará quien me socorra.

—¿I piensas que algo me detendria este momento? respondió don Alvaro con acento apasionado. Venga tu padre i tu hermano, venga don Lope mismo; a nadie temo i ante nadie retrocede-

ré. ¿Qué pueden hacerme? ¿Matarme? ¡Ai! Isabel ¡i qué dulce me sería morir a tu vista, víctima de tu amor!

—¿I es amor, caballero, el ponerme en situacion tal? ¿Cómo se mostrará el odio si así se muestra el amor?

—Perdonad....

—Nó, no he de oiros, ni teneis que disculparos. Tardaré en perdonaros, cuanto tardeis en salir.

—¡Isabel!

—Mirad que lo que haceis va a provocar a los habitantes de Zalamea contra vos i vuestros soldados. Mirad que están cerca mi padre i mi hermano i que os matarán sin piedad si os hallan aquí; con vuestra loca pasion vais a echar lodo en mi nombre i a perder este pueblo....

—Pero....

—¡Salid por Dios! ¿No mirais....?

—Todo lo veo i no hai nada que mi amor no sea capaz de atropellar. Mas temo a la pasion que me devora que las iras de los tuyos i la venganza de tu pueblo. Mira, ingrata, si es grande el amor que atropella tales inconvenientes!

—¡Por Dios!

—¿No hai para mí esperanza?

—¡Ai, señor! ¿I qué esperanza puedo daros? ¿Qué habeis pensado de mí? Desde que llegasteis no he tenido mas que disgustos i me habeis ocasionado mas pesares que palabras han salido de vuestros labios. ¿Qué puede importaros una pobre aldeana que hoi la veis i mañana la dejais? ¿Acaso vos, el noble capitan, no saldreis contento del lugar si no dejais en pos una mujer que os llore? ¿Tal vez os habeis figurado que soi como la fruta de una huerta que el caminante puede hurtar sin salir del sendero que lleva?.... Os equivocais señor, mi amor i mi corazon no son para cojidos de paso. Porque sois noble, pensasteis sin duda vencer, pero Dios que hizo libre el amor no lo sujetó al brillo de una ejecutoria.

—Si aun no sabes la intencion con que te busco ¿por qué calumnias mi pasion?

—Tal os mostrais que todo lo debo temer. Así, capitan, si os quedais me voi, si me seguís pediré auxilio.

—¿I no adviertes?

—Salid, que viene jente.

El capitan se dirijió con presura a la tapia para ver si era observado, miéntras Isabel, aprovechando el momento, corria a refugiarse en una de las habitaciones.

—Seguidme ahora, señor capitan, exclamó, una vez que se vió segura.

A este tiempo i por diversas partes penetraban en el jardin Crespo, Juan i don Lope, seguidos del sarjento, que daba a éste último mil satisfacciones sobre lo ocurrido.

Don Lope habia hecho de las suyas acuchillando afuera a los soldados, que al conocerlo, se pusieron presto en fuga.

—Señor, decia el sarjento; la tropa no os habia conocido.

—Por eso no tardé en dármeles a conocer i el que no me conoció en el primer momento lleva en su cabeza i espaldas señales que les refrescarán la memoria.

Pero, señor sarjento ¿i el capitan? ¿Acaso esta compañía no tiene capitan?

Don Alvaro que todo lo oia, salió de entre los árboles como haciendo la desecha i saludó marcialmenie a su jefe.

—I ¿qué decis don Alvaro de Ataide de lo que ha ocurrido?

—Señor, respondió sereno el capitan, los soldados se divertian pacíficamente cuando los acometieron estos villanos; vengo a saber que castigo se les impone, porque no es posible tolerar tamaño ultraje.

—Ya los culpables están castigados, respondió severamente el jeneral.

—Yo.....

—Aprecio vuestro celo, pero, lo cierto es que yo he tenido que hacer las veces del capitan.

—Yo estaba.....

—Nada me digais.... Al alba partireis de aquí.

—¿Tan pronto?.....

—¿Me replicais? Pues bien, haced tocar marcha i en diez minutos salid del pueblo con toda vuestra compañía.

—¿Nada mas teneis que mandarme?

—Aguardad, capitan, os quiero decir aparte dos palabras,—i bajando la voz continuó:—Capitan, el rei os dió su insignia para que fuéseis el defensor de la lei i no para que la violáseis. El que abusa como vos de su puesto no es un soldado, es.... un bandido con uniforme.

—¡Jeneral!

—Si os sorprende el que así os hable, sabed que lo sé todo, i recordad quien soi yo.

IX.

LA DESPEDIDA.

Una hora mas tarde Zalamea parecia un cementerio; solo habia luz i jente despierta en la casa de Pedro Crespo.

En el jardin conversaban todavía pacíficamente don Lope i el aldeano acerca de la partida del jóven Juan.

—Por muchos motivos os quedaré agradecido, Crespo, decia el jeneral, pero sobre todo por haberme dado a vuestro hijo para que sirva al rei bajo mis órdenes.

—Yo os lo dei para que os sirva de criado.

—Llevarélo como amigo, que harto me agradan su valor i marciales instintos.

—Os suplico, señor, le perdoneis si desde luego no acierta a agradaros. Es un pobre aldeano que no sabe mas que manejar el arado i el rastrillo.

—Ya la tropa ha marchado, interrumpió bruscamente don Lope.

—Es verdad.

—Yo tambien me voi.

—¿Cómo, tan pronto, señor? dijo Isabel que en ese momento se acercaba.

—Sí, Isabel, me marchó, porque quiero que tengais sueños tranquilos.

—¡Ah! señor, nunca podremos olvidaros! ¿I era bien que marchárais sin despediros de mí?

—¿Cómo habia de ser eso? De ningun modo partiria sin besaros ántes las manos, i pediros me dispenseis un atrevimiento que voi a tomarme. Esta venera, que llevo sobre el pecho, aunque guarnecida de ricos diamantes, es pobre obsequio para vos, bella i modesta niña. Aceptadla, sin embargo, en memoria de la amistad que os profeso.

—Señor, ¿esto es pagarnos el hospedaje? Nosotros aquí somos los favorecidos.

—¡Dale! Esto no es paga si no cariño.

—Como un recuerdo vuestro la llevaré conmigo. Ahora, señor, os recomiendo a mi hermano, ya que ha alcanzado la dicha de iros sirviendo.

—Ya está pronta la litera, gritó Juan desde adentro.

—¡Amigo mio, bella niña, quedad con Dios!

—El os guarde, señor.

—¿Quién nos dijera, buen Pedro, que íbamos a quedar tan amigos?

—Yo, señor, si en ese instante supiera....

—¿Qué cosa?

—Que erais loco de tan buen capricho, dijo Crespo estrechando por despedida la mano del viejo guerreador.

Don Lope se dirijió a su cuarto para hacer las últimas preven- ciones, dejando solos a Crespo i sus dos hijos.

—Juan, hijo mio, dijo entónces el buen padre, escucha mis últimos consejos. Por la gracia de Dios eres limpio de sangre aunque descendas de un villano. Tenlo presente para no humillarte demasiado ni tampoco desvanecerte, de modo que tus camaradas, por doblar tu orgullo, tengan que echarte en cara la bajeza de tu oríjen. Sé liberal i cortés, que el dinero i los buenos modos son los que nos conquistan los amigos. No hables mal de las mujeres. La mas humilde es acreedora a nuestro respeto, que al fin todos hemos nacido de ellas. No me seas pendenciero, ni desenvaines ja-

mas la espada sin estar seguro de la justicia de tu causa. Sé honrado i relijioso, valiente i compasivo, no olvidando nunca las lecciones que te he dado. Con esto, mi bendicion i el jeneroso amparo que don Lope te brinda, confío en Dios que algun dia he de verte en mas elevado puesto. ¡Adios; hijo mio, adios! que esta despedida hace flaquear mi valor.

—Jamás, señor i padre mio, se borrarán de mi memoria vuestros sabios consejos. Hermana mia ¡adios!

Isabel i Juan se abrazaron llorando.

—Basta, gritó Crespo. Sigue, Juan, a don Lope i Dios vaya contigo.

—¡Qué habeis hecho, padre! dijo Isabel viendo salir a su hermano.

—¿Qué querias que hiciera él aquí? ¿Que fuera un holgazan? Vaya mejor a servir a su rei. Ea, Isabel, no quiero ver lágrimas, sal con tu prima al emparrado de la calle. El lugar queda tranquilo con la ausencia de los soldados i no te veo con ánimo de dormir tan pronto. ¡Yo, añadió para sí, voi a mi cuarto a rezar i a llorar!

X.

VUELVE EL CAPITAN.

Buscó Isabel a su prima Ines i ámbas salieron de la casa a divertir sus tristezas con la hermosura i serenidad de la noche i el airecillo fresco i perfumado que soplabá entre las hojas de los árboles.

La familia de Crespo acostumbraba pasar allí un rato despues de la cena.

El lugar parecia tranquilo, tal al ménos lo indicaba el silencio que reinaba en derredor.

La calma i sosiego de la noche se avenian perfectamente con el anhelo de reposo que aquejaba el alma dolorida de Isabel.

Pero ¡ai! esa calma era mas bien presajio de borrasca.

En verdad que los soldados habian partido una hora ántes, i que no se oia en toda la aldea un solo rumor sospechoso. Sin embargo, los que se van pueden volver cuando ménos se los espera, i así sucedió en esta ocasion. El capitan, una vez fuera del pueblo, dejó de secreto la compañía, a las órdenes del alférez i volvió atras con Rebolledo i tres soldados mas.

La pasion que lo devoraba lo tenia fuera de sí, i a tal punto llegaba su delirio, que estaba resuelto a dar su vida por la posesion de Isabel.

No habiendo logrado de ella nada con ruegos ni amenazas, no abrigaba ya otra esperanza que arrebatarla de su hogar.

Apénas se le ocurrió una resolución tan desatentada, se dispuso a ponerla por obra, bien que no se le ocultaron ni sus dificultades, ni las terribles consecuencias que podría tener una violencia tan injusta.

A la salida de Zalamea habia un espeso bosque, donde se ocultó con sus compañeros, a fin de hacer hora para entrar en el lugar i aguardar allí que don Lope hubiese partido.

Una vez libres de este último i creyendo la noche bastante avanzada, don Alvaro i los suyos abandonaron el bosque i disfrazados con largas capas penetraron en Zalamea.

Acabamos de ver cómo Ines e Isabel habian salido a tomar el fresco bajo el emparrado de la calle, ajenas de que pudiera amenazarlas el menor peligro.

— ¡Qué día éste! decia la sensilla jóven a su prima.

— No hemos tenido paz desde que estos hombres entraron en la aldea, respondió Ines.

— ¡Gracias a Dios que todo ha concluido!

— ¡Era bizarro el capitan.

— Pero violento i tirano.

— Te amaba mucho.

— ¿Lo crees?

— ¡Hizo por tí tantos extremos!

— ¡Amor de paso, fiebre de un instante!

— ¡Quién sabe!

— ¡Qué engañada vives, Ines! ¿Cuándo se ha anunciado así el verdadero amor? Don Alvaro no suplicaba; exijia, mandaba, olvidando que tengo honra que perder i un corazón que no se conquista como se asalta una plaza.

— ¿I lo habrías amado?

— Despues de lo que ha hecho, mi corazón no podría ser suyo.

— Eres orgullosa.

— Soi honrada.

— I sin embargo, el capitan hubiera sido para tí un partido mui ventajoso. Su bizarría, su nobleza ...

— Desde niña, querida Ines, me enseñó mi padre que la verdadera nobleza consistia en la virtud i en la honradez del alma. El es hidalgo i yo labradora. El orgulloso con su sangre, yo contenta de ser quien soi. Hasta hoi mi corazón no ha sentido el yugo del amor; libre i alegre he vivido en mi soledad, sin desear un momento verme ajitada por los embates de la pasión. ¿Pasaré así toda mi vida? lo ignoro; pero si algun día llego a amar, no amaré al hombre que crea honrarme, ofreciéndome su mano, sino al que igual a mí en condicion me traiga con su cariño, por dote las virtudes, por ejecutoria una vida sin mancha.

Mientras así hablaban ni Isabel ni su prima vieron algunas sombras que silenciosamente avanzaban hácia ellas.

Eran don Alvaro i los suyos.

Venian resueltos a escalar la casa i a arrebatarse a la jóven si

era preciso de su propio aposento, i la ocasion la ponía en sus manos de una manera tan fácil como inesperada.

Isabel se sintió repentinamente cojida por detras.

—¡Ines! alcanzó apénas a gritar con acento ahogado.

Su prima no podía responderle, pues Rebolledo la tenía tapada la boca con entrámbas manos.

—¿Qué es esto? gritó Isabel desesperada.

—¡Amor, furia, delirio! la contestó don Alvaro estrechándola contra su pecho.

—¡Déjame!

—¡En marcha, señor! gritó Rebolledo, ved no hai tiempo que perder.

—Guardadme vosotros las espaldas, no permitais que nadie me siga.

—Mirad que se siente ruido en la casa.

El capitan corrió llevando en sus brazos a Isabel.

—¡Cobardes, ladrones! gritó Crespo saliendo del interior.

El anciano venía desarmado.

Los soldados se precipitaron sobre él, postrándolo por tierra.

Rebolledo, abandonando a Ines que quedaba en el suelo desmayada, se dirigió hácia el anciano i colocando sobre su cuello la punta de su espada,

—Si gritas, mueres al instante, le dijo.

—¿No hai ya rayos en el cielo? exclamó desesperado el infeliz padre.

—¡Padre mio! sonó a lo léjos una voz llena de suprema angustia.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! sollozó Crespo; i dirigiéndose a Rebolledo: Mátame, mátame, le dijo, i serás una sola vez asesino.

—Como nos sigas, contestó el soldado, es segura tu muerte. Ya el capitan va léjos, añadió mentalmente, i soltando a Crespo huyó con sus compañeros.

—¿Qué me importa la muerte? ¡Bandidos, dadme a mi hija! gritó el honrado labrador tratando de levantarse.

Cuando pudo conseguirlo, sus enemigos habian ya puesto mucho camino por medio.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)



UN ANJEL.

(EN LA MUERTE DE ALFREDITO PEREIRA.)

Yo ví una madre que lloraba al hijo de su amor; sus lágrimas, sus tristes quejas partían el corazón. ¡Pobre madre! ¿quién podrá templar su aflicción? ¿quién podrá enjugar su llanto? . . . ¡Oh! dejadla, dejadla que para ella no hai consuelo i vuestras palabras solo sevirán para acrecentar su dolor.

Ella llora; pero ¿no veis que esas lágrimas son el único alivio que puede tener su alma lacerada? ¿no veis que es ése el último tributo que ella paga al hijo que tanto amó? . . .

—¡Muerto! repite ¡muerto! . . . ¡él! . . . ¡mi hijo! . . . Pero, nó; no puede ser: ahí está; yo lo veo . . ., me llama . . ., se sonríe. ¡Oh! traedmelo, traedmelo por piedad.

I la madre desesperada, una i mil veces, en vano, repetía un nombre para ella tan dulce i tan querido. El niño ya no lloraba, el niño ya no sonreía, el niño ya no gorjeaba . . . La cuna estaba vacía. ¡Vacía! . . . Solo una madre puede comprender la inmensa amargura que envenena el alma de la madre que, al acercarse cariñosa, anhelante, a la cuna que ella por sus propias manos ha engalanado, no encuentra aquel tesoro, aquel pedazo de su corazón, aquella delicada i tierna flor, preciosa flor que, desprendida del cielo, Dios le enviara para tejer la corona que, algún dia, ha de ser su mas hermoso galardón.

¡Ah! las lágrimas que empapan las mejillas de una madre que llora su perdido bien, son lágrimas benditas que los ángeles recojen, son perfumes deliciosos que suben hasta el mismo trono de Dios.

La madre llora, el padre calla. Silencio sublime, religioso, santo; silencio que revela la mas tremenda aflicción i que por sí solo basta para mostrar la fé, la inmensa fé que arde en aquel corazón.

—No llores, le dice a su esposa; nuestro hijo vive; nuestro hijo en este instante acompaña con sus cantares los cantares de los querubines. El es feliz i, en medio de su dicha, olvidar no puede a los que le dieron el sér. ¿No oyes? . . . ¡es su voz! . . .; él nos llama, esposa mia, él nos bendice i, con sus arrullos, nos invita a ensalzar i glorificar también la mano omnipotente que nos arrebatara un hijo para regalarnos un ángel.

¡Tierno niño, blanco i puro como la flor del jazmin, despliega tus alitas de oro i emprende en paz tu vuelo hácia aquella morada, eterno albergue de las flores que, como el jazmin, la azucena i el lirio, los anjelitos del cielo tanto gustan trasplantar de la tierra para ofrecerlas a Dios!

Santiago, mayo 7 de 1875.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

ABRIL.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Miscelánea.—Coleccion de artículos, por Benjamin Vicuña Mackenna.—1 vol. en 4.º mayor de 304 páj.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Suscripcion de la "Academia de Bellas Letras" a la estatua de don Andrés Bello.—1 vol. en 4.º de 378 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Historia de Chile durante los cuarenta anos trascurridos desde 1831 hasta 1871, por don Ramon Sotomayor Valdes.—Entrega 1.ª en 4.º mayor, desde la páj. 1 hasta la 104.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Diccionario de chilenismos, por Zorobabel Rodriguez.—1 vol. en 4.º de 487 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.

Código Penal chileno anotado i explicado por Pedro J. Fernández.—1 vol. en 4.º de 144 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

El Capitan Sambruno o el escarmiento de los talaveras, novela histórica.—Entregas desde la 39 hasta la 50 i desde la páj. 49 hasta la 192.—Imprenta *Schrebler*.

VALPARAISO.

Visita al Monte Calvario o sea la via-sacra bajo el aspecto topográfico, histórico i relijioso, etc., por el padre Miguel Maria de Ruvo.—3.ª edicion.—1 vol. en 8.º de 234 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Sociedad de Instruccion Primaria de Valparaiso.—*Inauguracion de la escuela Sarmiento*, etc.—1 vol. en 4.º de 16 pájs.—Imprenta *Colon*.

Quevedo.—2.ª parte, novela por Francisco Orellana.—Entregas 37, 38 i 39 en 8.º desde la páj. 97 hasta la 168.—Imprenta de *La Patria*.

Escuela alemana de Valparaiso.—Artículo sobre ella, tomado del periódico alemán que se cita.—Hoja suelta.—Imprenta de *La Patria*.

La expedicion del "Talisman" por Justiniano Zubiría.—1 vol. en 8.º de 260 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Los misterios del confesonario, novela.—Tomo II.—Entregas 21, 22 i 23 en 4.º desde la paj. 193 hasta la 334.—Imprenta de *El Mercurio*.

De la reglamentacion de la prostitucion, por Ramon Allende P.—1 vol. en 8.º de 32 pájs.—Imprenta *Colon*.

Conferencias populares.—Idea sobre la Constitucion de Chile, por Abraham König.—1 vol. en 12.º de 47 páj.—Imprenta *Colon*.

Quinta memoria de la compania de salitres i ferrocarril de Antofagasta, etc.—1 vol. en 4.º de 22 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

Compania de descubridores de Caracoles.—Quinta memoria de la Compania.—1 vol. en 4.º de 8 pájs.—Imprenta de *El Universo*.

Ferrocarril de Coquimbo.—Memoria del Directorio por el segundo semestre de 1874, etc.—1 vol. en 4.º de 26 pájs.—Imprenta de *El Universo*.

Estatutos municipales para el Colejio de misioneros franciscanos, etc.—1 vol. en 8.º de 30 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Telégrafo transandino.—Cuarta memoria que el directorio presenta a los señores accionistas, etc.—1 vol. en 4.º de 8 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

VALLENAR.

Memorial presentado a la gobernacion de ValLENAR sobre los turnos i la reglamentacion de las aguas del rio Huasco.—1 vol. en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de *La Descentralizacion*.

RANCAGUA.

Estatutos de la sociedad protectora de artesanos.—1 vol. en 12.º de 11 pájs.—Imprenta de *Rancagua*.

DESCRIPCION JENERAL DEL UNIVERSO.

(Conclusion.)

III.

Que cada estrella es centro, en torno del cual jiran varios astros menores, es una hipótesis mui probable, pero, cuya demostracion directa solo es posible respecto de una de las ménos importantes del sol.

Creian los antiguos sabios, siguiendo la natural propension del hombre a juzgarse centro de la creacion universal, que el sol i los demas astros habian sido creados únicamente para jirar al rededor de la tierra, alumbrándola durante el dia i embelleciéndola

durante la noche. Hoi la tierra ha perdido su elevado rango, i nadie ignora que el sol es el eje central del grupo a que pertenece la tierra, situado en un pequeño rincon de la nebulosa de la Via Láctea.

La forma del sol es la de una gigantesca esfera; i aunque no es una de las estrellas mayores, su volúmen es quinientas o seiscientas veces mayor que el de todos los planetas i sus satélites reunidos; para equilibrar su peso seria menester de reunir el de trescientas cincuenta mil tierras iguales a la nuestra.

En conformidad a las leyes que gobiernan todos los cuerpos celestes, el sol no permanece inmóvil. Jira sobre sí mismo en un espacio de tiempo poco mayor de veinticinco dias; describe ademas una inmensa órbita, cuyo centro, forma i dimensiones nos son desconocidos, i cuya direccion solo se ha logrado determinar mui imperfectamente. Al describirla arrastra consigo todos los astros del sistema, que no por eso alteran el órden i naturaleza de sus movimientos peculiares. Así marcha en armonioso conjunto el mundo solar, animado de una velocidad no menor de ocho quilómetros por segundo.

Siendo el sol una estrella semejante a las demas que vemos brillar en el firmamento, no necesito decir que la luz i el calor que sobre nosotros derrama, son productos propios de él mismo, resultado de una inmensa combustion que continuamente ajita i desgarrar su vastísimo seno. Esta cualidad de foco de luz i calor, es la mas interesante para los habitantes de la tierra. Para obtener una luz equivalente serian menester ochocientas mil lunas. Mediante una sabia sucesion de luz i de oscuridad, señala a los mortales el tiempo que han de destinar al trabajo, i cual al reposo necesario para restaurar las fuerzas con que han de proseguir las tareas interrumpidas. La noche templar los ardores del dia, i éste disipa el frio que durante su ausencia habia logrado establecer su triste dominio a favor de las tinieblas. Si la tierra no jirase sobre sí misma i presentase siempre la misma faz a sus fuegos, la mitad de ella pereceria abrasada, i cuanta sustancia adhiere a su superficie seria reducida a cenizas o convertida en hirviente líquido, miéntras tanto la mitad opuesta permaneceria envuelta en inhospitalarias tinieblas i todo jermen de vida seria destruido por el frio.

El suave calor del sol hace jerminal i favorece el desenvolvimiento de la infinidad de séres que extraen su alimento de las sustancias vegetales i minerales, orgánicas o inorgánicas desarrolladas tambien bajo su influencia. No es el oríjen de la vida; pero, sí, el conservador i reparador de las fuerzas que la producen i alimentan.

El cambio de estaciones, a mas de hacer habitable la terrestre esfera, permite el completo i variado desenvolvimiento de las fuerzas vegetales, de tal manera que éstas se actuen en multiplicados i exquisitos frutos diferentes para cada uno de los climas,

en que naturalmente se divide la tierra. De aquí derivan grandes ventajas; pues, el hecho de no ser idénticas las producciones de todas las rejiones del globo, de tal manera que una sustancia de consumo jeneral se produce solo en determinadas comarcas, nos indica claramente el deber de auxiliarnos mutuamente, i de establecer medios de comunicacion para cambiar nuestros frutos por aquellos propios de lejanas tierra i que las condiciones climatéricas de nuestro suelo nos impiden cultivar. Así, aunque parezca una paradoja, me atrevo a afirmar que el sol es el primer fundamento del comercio, i por consiguiente de la civilizacion que va siempre en pos de éste. El cambio de productos enjendra el de ideas, i el cambio de ideas es el poderoso vehículo del adelantamiento intelectual i material.

Humillemos nuestra frente en el polvo. Adoremos a la Divina Providencia, cuyo poder i sabiduría infinitas se han complacido en derramar innumerables beneficios sobre la morada de un sér tan despreciable, como es el hombre, mezcla informe de ingratitude i corrupcion, lodo i vanidad. Aprendamos a conocer a Dios en sus obras, pero, deploremos tambien amargamente la ceguedad de espíritu de aquellos desgraciados que ofuscados por una torpe sensualidad e hinchados por el viento de una vana ciencia se empeñan en desconocer sus maravillosos designios i cierran los ojos a la universal armonía para atribuir la sabia ordenacion i conservacion de las cosas creadas a un acaso tan ciego e impotente como ellos o a algun dios pigmeo forjado segun la medida de su presuntuosa ignorancia. Prosigamos nuestra respetuosa investigacion; mas al recorrer las obras del Todopoderoso, guardémonos de pretender alzar con mano temeraria el velo que oculta sus misteriosos designios de la criminal curiosidad de la humana sabiduría.

Mas, el sol no ha sido creado únicamente para satisfacer las necesidades de la tierra; su luz i calor se reparten, aunque no de igual modo, entre todos los planetas. Pero las condiciones en que ejerce su influencia varían segun las distancias, dimensiones, constitucion de cada uno. Así Mercurio i Vénus reciben mayor cantidad de calor que la tierra. El período de rotacion al rededor del sol, es decir, su año, es mas corto. En el primero se nota cambios de temperatura mas pronunciados; el clima de Vénus es mas uniforme. Aunque Marte recibe ménos calor, es el planeta que reúne las condiciones de habitabilidad mas análogas a las de la tierra. La duracion de sus dias es casi igual i goza de un clima semejante al nuestro, apesar de que sus estaciones son mas largas.

Júpiter, Saturno, Urano i Neptuno jiran sobre sí mismos con velocidad incomparablemente mayor, lo que produce dias en extremo cortos. El período de traslacion es mui largo. Su gran distancia es causa de que apénas les lleguen los rayos solares. La duracion del dia de Urano i de Neptuno es desconocida, pero es probable que sea menor que la de los terrestres.

Sabemos ya que en torno del sol jiran los planetas. Mas no son ellos los únicos miembros de esta familia; a mas de los satélites que son planetas pequeños, existen los cometas, cuerpos de naturaleza extraña i mui poco conocida.

Como todos los astros, los planetas son cuerpos mas o ménos esféricos que jiran sobre sí mismos en tiempos de duracion constante. Mas, es menester no confundirlos con las estrellas.

Hai entre ellos diferencias, cuyo reconocimiento exige solamente vista i paciencia; mas, hai otras, i talvez las mas esenciales, para cuyo descubrimiento han necesitado los astrónomos profundas investigaciones realizadas mediante el racionio i la experiencia de muchos siglos de continuo trabajo. Entre las primeras merece nuestra atencion el movimiento real de los planetas. Así se observa durante algunos dias la situacion de uno de ellos respecto de un grupo de estrellas determinado, mui pronto se nota que no es invariable; se ve al planeta animado de un movimiento bastante sensible que lo aleja de unas estrellas, acercándolo a otras, hasta que al fin de cierto tiempo vuelve a la situacion primitiva, desde donde torna a emprender la misma jornada. La observacion de las estrellas da un resultado mui diverso. Podemos estudiar i comparar su situacion exactamente durante una larga série de años sin que lleguemos a notar en ello algun cambio perceptible, por insignificante que sea. Así, si la estrella materia de nuestra investigacion se halla situada en las inmediaciones de cierto grupo, ahí lo encontraremos siempre, sin que su situacion se altere en un punto. Por razon de esta inmovilidad, el cielo nos presenta todas las noches el mismo aspecto, salvas las variaciones jenerales determinadas por el movimiento aparente de toda la esfera celeste, i que consisten en que las estrellas mas inmediatas al lado occidental del horizonte van desapareciendo por líneas paralelas, miéntras por el lado opuesto se levantan nuevas zonas que recorren la esfera, animadas tambien de un movimiento uniforme, para ir a desaparecer por el occidente del mismo modo que las primeras. De aquí proviene la posibilidad de construir mapas del cielo, tan exactos como los en que se acostumbra representar la tierra, i sin los cuales el estudio detallado de cada una de sus partes i el consiguiente descubrimiento de planetas u otros astros desconocidos tropezaria con dificultades cuasi insuperables.

Otra diferencia que tambien permite reconocerlos a la simple vista, si bien con ménos seguridad, es la naturaleza de su luz. La de las estrellas es vibrante, su brillo varía con cierta irregularidad, ya parece extinguirse, ya torna a brillar con mayor esplendor; la de los planetas es mas suave i reposada i no está sujeta a accidentes repentinos que interrumpen su uniformidad.

Las estrellas, como dije al tratar en particular de ellas, brillan con luz propia, emanada de ellas mismas, como la que produce un carbon encendido. No así los planetas que son cuerpos opa-

cos, es decir, no luminosos. I si la apariencia manifiesta lo contrario, es porque su superficie refleja la luz del sol a manera de un espejo herido por los rayos solares, que no produce por sí mismo luz alguna, i no obstante, al mirarle nos parece cuasi tan luminoso como el sol i aun podemos dirigir la luz reflejada por él hácia un objeto cualquiera.

El mundo solar se compone de ocho planetas principales que enumerados segun el órden de sus distancias respectivas al astro central son: Mercurio, Vénus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano i Neptuno. Entre Marte i Júpiter existe una dilatada zona que durante muchos siglos se consideró como enteramente desprovista de planetas. Mas, a contar desde el primer dia del siglo XIX, las exploraciones de los astrónomos han ido descubriendo en esa rejion gran número de planetas cuya pequeñez está compensada por la cantidad; pues, donde ántes no se conocia ningun cuerpo celeste se cuentan ya noventa i cuatro i no es posible determinar hasta donde extenderá ese número el infatigable celo de los observadores.

Varios de los ocho grandes planetas tienen bajo su inmediata dependencia otros cuerpos menores llamados satélites i destinados a desempeñar respecto de ellos las mismas funciones de la luna respecto de la tierra. Así el gigante Júpiter posee cuatro de estos servidores. La corte de Saturno es aun mas extraordinaria, pues, a mas de rejir ocho pequeños mundos, está rodeado por un anillo triforme de grande extension, i cuya sustancia nos es desconocida. Nosotros, moradores de la tierra, no podemos imajinar el aspecto maravillosamente variado que presenta su superficie, dividida tambien en zonas alternadas luminosas i oscuras. Cuatro lunas prestan su luz a Urano, i dos al solitario Neptuno. La tierra es la mas desprovista de las grandes esferas que circulan en su compañía, pues, gobierna solo un satélite que apénas alcanza a suplir una parte de la luz del sol.

Las órbitas que describen los planetas en torno del sol son mui variadas como dependientes de sus respectivas distancias de ese astro. Sus dimensiones lo son igualmente; así Mercurio, Vénus, Marte i todos los asteroides son menores que la tierra; Júpiter el mayor del sistema es mil trescientas setenta i ocho veces mas voluminoso, i los demas son tambien mayores aunque no en tan vastas proporciones. El período de rotacion es perfectamente conocido, como igualmente, sus distancias i la forma de sus órbitas. No entraré en detalles por no traspasar los límites que me propuse al emprender este estudio. Baste saber que la mayor parte distan del sol mas que la tierra, es decir, mas de ciento cincuenta millones de quilómetros.

Segun esto, el viaje al sol desde la tierra no seria tan difícil como a una estrella. Un hombre-globo animado con una velocidad igual a la de una bala de cañon tardaria en llegar quince años, que es un tiempo mui razonable. Si, lo que es ya un poco

ménos hacedero, lograrse adquirir la de la luz podria hacer el viaje de ida i vuelta en dieziseis minutos treinta segundos mas o ménos.

Los satélites se diferencian de los planetas únicamente en que no jiran inmediatamente en torno del sol, sino al rededor de algun planeta. Por lo demas, son cuerpos esféricos i opacos como éstos i brillan reflejando la luz del sol. Sus movimientos son naturalmente mucho mas complicados, de manera que no es fácil formarse una idea clara de sus revoluciones. Jiran sobre sí mismos, carácter comun de todos los astros. Describen su órbita especial en torno del planeta principal. Este jira al rededor del sol arrastrando en su órbita a los satélites especiales. El sol, como sabemos, describe tambien una órbita inmensa cuyo centro es un punto del espacio no conocido exactamente, i en la cual arrastra todo su cortejo celeste. El planeta lo sigue por esta senda jirando al mismo tiempo en torno de él. De aquí una nueva causa de complicacion en los movimientos del satélite que debe seguir a su señor por estos desordenadamente ordenados caminos, siempre sin apartarse de su primer movimiento.

Los antiguos tenian ideas mui extrañas, i no faltan modernos que de ellas participan, acerca de la falta o benigna influencia que podian ejercer los planetas i la luna sobre los destinos de la tierra i sus moradores.

No estará de mas analizarlas lijeramente aunque no sea mas que para dar una muestra de las locuras en que puede envolver al hombre la debilidad de ese entendimiento que tanto lo envanece. ¡Que el ejemplo de esas necias cavilaciones nos enseñe a encerrar nuestro corazon en los límites señalados por su Creador! No pretendamos conocer sus inefables misterios, ya que somos incapaces de comprendernos a nosotros mismos i aquella reducida parte de la naturaleza que plugo a Dios entregar a las disputas de los hombres.

¿Quién ignora la historia de Mercurio, trasformado tambien en Apolo? Su oficio era doble. En el carácter de Apolo era el mensajero del dia i patron de las letras; disipaba las tinieblas i presidia el castalio coro. Las funciones que desempeñaba en el carácter de Mercurio no eran tan propicias, al ménos para la mayor parte del jénero humano; pues, si bien era dios del comercio, tambien presidia las nocturnas artes de aquellos que practican la noble industria de apropiarse lo ajeno con el menor peligro de su pellejo. Talvez será el patron de ciertos autores cuyos pensamientos coinciden casualmente con los ajenos. En la Edad Media, dicen que entretenia sus ratos de ocio en fabricar sabios, artistas i frailes.

Despues de tantos poetas como han cantado i cantan las glorias de Vénus, no he menester hablar de su dulce influencia. La madre de los amores les es mejor conocida que a mí, a ellos remito los lectores de "ESTRELLA DE CHILE."

Pero, a su lado avanza el impío Marte. Entre los pliegues de su rojo vestido nos trae el llanto de las viudas, el dolor de las madres, la desesperacion de la vírjen recién desposada; la guerra i su negro cortejo. A sus perversas emanaciones se atribuía el nacimiento de toda clase de jentes pendencieras i revoltosas. Sin embargo, este astro condenado a anunciar el exterminio de jentes, cuya existencia ignora, es el que reúne condiciones de vida mas semejantes a las de la tierra; si hai astros habitados por seres análogos al hombre, ningun se presta al efecto mejor que Marte. En lugar de ser el laboratorio de todas las calamidades humanas es una mansion bienaventurada, cuyos habitantes deben de gozar completa felicidad, como que a ellos no alcanzan los efectos de la curiosidad de nuestra primera madre. Así, apesar de las gratuitas afirmaciones de sus detractores, los martenses viven rodeados de profunda paz, ignorando el feliz arte de matarse mútuamente de la manera mas científica i breve posible.

Es verdad que él mismo se tiene la culpa de las innumerables calumnias de que es objeto. El color rojo de su suelo o de su vegetacion le da un aspecto sangriento, i como el hombre es inclinado a juzgar de las personas por sus apariencias, le ha atribuido un carácter maligno i propensiones a la carnicería.

Saturno era un viejo frio, misántropo, inexorable, de gustos mui extravagantes, pues se complacia en presidir el nacimiento de todo linaje de jente ruin i en aflijir a la humanidad con diversas especies de enfermedades repugnantes. Como dios del tiempo impide que vivamos eternamente i es el destructor infatigable de todas las empresas humanas. Usando de sus divinas prerogativas me advierte en este momento que ya he malgastado demasiado el del Círculo i que por consiguiente debo hablar lo ménos posible sobre su vecino Urano.

Es éste el primero que tuvo la audacia de traspasar el sagrado número siete. Pues, es de saber que los antiguos conocian solo siete planetas, Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter i Saturno que son cinco; agregaban el sol i la luna i tenian siete; número que segun la creencia jeneral no podia aumentar en consideracion a varias combinaciones setenarias que ellos habia observado en la naturaleza. Gracias a la época reciente de su descubrimiento, Urano ha escapado de que se le atribuyan celestes influencias sobre los destinos del hombre, quien siempre se imagina que hasta los astros se preocupan de su persona para favorecer o destruir sus mezquinos intereses.

RAIMUNDO SALAS E.

DICCIONARIO DE CHILENISMOS

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ. (1)

Nos apresuramos a recomendar la importantísima obra que acaba de sacar a luz nuestro distinguido colaborador i amigo don Zorobabel Rodriguez, con el título de *Diccionario de Chilenismos*. Reservándonos para hacer despues un estudio detenido de ese libro, nos limitamos por ahora a asegurar que el *Diccionario de Chilenismos* revela de parte de su autor una erudicion mui poco comun, estudios serios i notable conocimiento de nuestra lengua; es un trabajo digno de figurar al lado de los mas famosos que se han escrito sobre el castellano, como los de Bello, Baralt, Cuervo, Monlau, etc.—Con su *Diccionario* ha probado Zorobabel Rodriguez que no solo es diarista eminente i economista distinguido, sino tambien un respectable filólogo. Su obra de que damos cuenta no puede faltar ni en la mesa de los maestros de gramática o de literatura ni en la carpeta de los estudiantes de esas asignaturas. No puede faltar tampoco en la librería de nadie que aspire a hablar i escribir castellano.

(1) 1 vol. en 4.º de 499 pájs.—Imprenta de EL INDEPENDIENTE.—Santiago, 1875.